

que olvidó cerrar ella, no podía entender qué estaba pasando. Mi tayta, mientras se vestía todo apurado junto con su mujer, de un grito me mandó a seguir durmiendo. Pero yo ya no podía dormir, en las calles comenzó una bulla infernal, la gente gritaba, pedían auxilio, to dos decían:

¡A la plazaaaaaa!, ¡a la plazaaaaaa!

Los perros ladraban asustados y algunos aullaban. Algo grave estaba sucediendo y no me querían decir, tal vez era cierto lo del sueño, derrepente ya era el final del mundo y por eso querían que muera durmiendo o es que de verdad cayó alguna bomba. Pensé tantas cosas y no pudiendo resistir más la curiosidad de averiguarlo por mí mismo, de un salto me levanté desobedeciendo la orden, me asomé hacia la puerta y miré afuera. La lluvia seguía cayendo con la misma intensidad, solo el viento había dejado de soplar. Lo extraño era que todo estaba iluminado como por cien lunas juntas, corrí hacia el patio y ví una tremenda llamarada que llegaba hasta el cielo; era como un mechero jigantezco, venía mas o menos de la plaza. Entonces supe que había incendio en el pueblo y antes de que vuelva a la habitación comenzó a tocar la campana como llamando para la misa. Mi padre al escuchar el sonido de la campana se alarmó aún más y subió sobre el muro que estaba para el lado derecho de la huerta y dio un grito:

¡Es el templo que se quemaaaaa! ¡todo el pueblo a la plazaaaaaa...!

Después de lanzar estos gritos, en plena lluvia, así como estuvo, dio un salto al otro lado del muro y se fue calle abajo con dirección hacia la plaza. Los reflejos de los truenos ya no se percibían, sólo el sonido se escucha ba: ¡Pummm! Pummm! ¡Pummm!, caían aquí y allá, sólo uno de los rayos había caído en el templo y fue más que suficiente para que el techo de paja comenzara a arder.

1272

La gente hablaba de como se había sentido - cuando el rayo cayó sobre el templo y que - rían saber quién sería aquel que había llegado a la torre y tuvo la idea de tocar. Quien quiera que fuera sería el primer hombre o mujer en percatarse de la desgracia. Total eso no importaba, decían; lo que tenemos que hacer es sacar a los santos y salvar todo lo que se pueda, decían las voces. El fuego seguía avanzando a partir del punto donde se había originado el incendio, a pesar de que la lluvia seguía; algunas mujeres venían con ollas y baldes y los hombres trajeron algunas escaleras, pero sabían que todo esfuerzo humano sería insuficiente para apagar y detener el avance del fuego. Ví que llegó el cantor con las llaves del templo, todos le siguieron y rápidamente entraron y comenzó el desalojo. Luego aparecieron los primeros hombres y mujeres cargando a una Virgen grande con su hijito en el brazo; con el apuro con que sacaban los hombres, la corona que brillaba estuvo a punto de caer, dejaron en medio de la plaza y volvieron corriendo, y así unos entraban y otros salían. Lo que no lograba entender fue, que cómo era posible que todas las Vírgenes; tenían su wawa y eran Vírgenes; hasta las virgencitas más chiquititas tenían su wawacha y las llevaban (como ñlas muñecas) bien agarraditas. ¿Y qué hacían tantos Santos y Vírgenes dentro del templo?, Pensé algo malo dentro de mi ignorancia pueril, pensé que la corrupción había llegado a los misteriosos habitantes del templo y que tal vez por eso el Tayta Dios les castigó enviándoles - un rayo sobre el templo. En eso apareció por ese lado, donde estaba, una ansiana campesina cubierto con un mantón negro hasta la cabeza, mientras avanzaba lentamente, iba blasfemando en quechua: Al fin se acordó el Tayta Dios de castigar a estos Santos ociosos, que no hacen nada por los pobres, yo que estoy vieja, que no habré visto en este pueblo.

584

Voces

Diciembre '86 No. 4

Eliseo Cornejo Holguín
Invasión de santos



INVASION DE SANTOS

A mis hijos, hermosos diablitos



ELISEO CORNEJO HOLGUIN Ccoyobamba, Cuzco, 1952.
Ha publicado "El Hijo de un comunero va al colegio"
En: Habla la ciudad (Lima, 1986).
Estudia Literatura, U.N.M.S.M.

VOCES. Año 1. Diciembre, 1986. No. 4

Director:

Luis Monroe C.

Consejo Editorial:

Raquel Contreras

Javier Córdova

David Lozano

Antonio Ureta

Correspondencia, canje y pedidos:

C/Juan Balcazar 157. Urb. Villalba.

Lima 32. Telf. 517713.

Imp. en Asociación Editora Evangélica

Av. México 930 - La Victoria

El maestro siempre decía que la escuela era templo del saber y se quitaba el sombrero antes de ingresar y todos los alumnos hacíamos lo mismo y antes de comenzar las clases nos persignábamos. También solía decir que aquello era templo de Dios, señalando al templo que estaba al costado de la plaza. La diferencia estaba que aquí nos preparábamos para luchar en la vida, con la esperanza de construir un paraíso en la tierra, en cambio allá se preparaba para la muerte con la esperanza de alcanzar el paraíso celestial. Además decía, aquí el responsable soy yo y mi misión es de mucha responsabilidad, en cambio el responsable de asuntos celestiales está en Roma, cerca del país de donde vinieron los invasores que trataron de destruir nuestra cultura. Y un alumno que era el más inquieto, como un pequeño diablo, interrumpió:

- ¿Y el taya cura, señor maestro?, el profesor respondió.

- El señor cura es el representante de ese señor que manda desde allá.

De estas cosas no entendía mucho, pero tenía que hacer igual que los demás, respetar a ambos templos.

Eran los meses de mucha lluvia en los andes. Una de esas noches caía una lluvia torrencial, parecía que el cielo se había roto, al aguacero acompañaban unos truenos que resonaban en la lejanía, en mi casa percibíamos los reflejos que antecedían al trueno, cada vez que iluminaba podía ver a través de la ventana a los tres eucaliptos de nuestra huerta que se batían contra la lluvia y el viento y los chorros de agua que bajaban resbalando por los troncos y las hojas. La noche estaba tan oscura que el mechero no

se daba abasto como para iluminar ni siquiera el contorno de la mesa donde íbamos a cenar.

Mi taya sintiendo que las ráfagas del viento entraban por la ventana trayendo parte de la lluvia, me ordenó que cerrara.

Después de terminar de cerrar nos acostamos, apenas que me fui a mi cama, me quedé dormido como una piedra y soñé: mi pueblo estaba en una guerra cruenta, las bombas caían una tras otra, los cañones disparaban a diestra y siniestra y el enemigo avanzaba incontenible, mi padre había vuelto a vestir su uniforme militar que celosamente guardaba; iba al mando de los movilizables que él personalmente los entrenaba. Hasta el viejo Lazo se había unido a la resistencia y repartía las cajas de dinamita que utilizaba en su mina. Y ví al maestro de la escuela que comandaba a todo el pueblo y le seguían una poderosa columna de alumnos dispuestos a morir o triunfar y uno de mis compañeros portaba la bandera de los siete colores, y León iba tocando el Ataque de Uchumayo. De pronto, cuando ya parecía que el enemigo retrocedía cayó una bomba en medio de la población y estremeció la tierra. En eso gritó mi maestra y desperté. Cuando miré hacia la puerta ví la figura de una mujer desnuda de espalda que hacía un cuadro perfecto con el marco de la puerta y la abundante cabellera que cubría casi toda su espalda le daba un aire mucho más femenino. No sabía si todavía estaba soñando o era una maldita realidad, ella dio la vuelta para dirigirse hacia donde estaba mi taya, y pude ver su cuerpo de hembra, los senos agresivos que parecían dos volcanes a punto de erupcionar, las nalgas, las piernas y el rostro joven que invitaban a amarlo con locura frenética. Entonces comprendí el desvarío de mi taya. Sobre mi viejo, allá él que se joda, dije para mi adentro.

Cuando ya desperté bien, sentí que todo estaba iluminado, miré para afuera por la puerta

para ver si alguno de los presentes me respondía y no encontré eco. Grité más, así como rugen un león serrano, cerca del oído de uno de los Taytachas y ví que no hizo ni el más leve movimiento, parecía que habían perdido el sentido auditivo, posiblemente por el sonido del rayo, que les reventó los tímpanos. Y lo peor es que también habían perdido el habla. Por eso que nadie me respondió, todos seguían mirando de frente, como si estuvieran amargos y a veces asustados. Comprendí su estado de ánimo de cada cual y regresé donde está don Satanás y le hablé: ¡He! tú, amigo, ¿por qué te tienen tan vigilado? ¡Qué tanto miedo te tienen! ¿acaso hay algo que sepas tú y no quieren que nosotros nos enteremos? yo no te tengo miedo, si te quedas en la escuela jugaremos juntos y me enseñarás algunas diabluras o derrepente yo te enseño las cosas que sé. Ya veremos.

Luego cuando le miré bien, parecía que este tipo tenía intenciones de contestar a mis preguntas y tuve la impresión de que el ángel del Señor, cada vez que intentaba romper ese silencio le introducía más la espada y le pisaba más fuerte la cola. Era como uno de los esbirros de algún gobierno tirano que torturan para hacer hablar lo que ellos quieren o hacer callar lo que uno quiere hablar. Pobre Diablo, sobre que la diabla la había puesto cachos engañándole 2 veces y bien feo, encima le tenían pisado y super vigilado. Era como para ponerse a pensar.

Quería realmente comprender y me acordé de un libro voluminoso que el Tayta cura leía en la misa y las páginas que iba a leer ya estaban marcados por unas cintas a colores. Busqué por todos los rincones y no encontré por ningún lado, posiblemente estaría todavía dentro del templo o tal vez ya se habría quemado. Lo cierto es que salí tal como entré, con una duda, sin comprender de que todo lo que se decía no concordaba con lo

que se hacía. Al Tayta Cristo lo habían crucificado por bueno, y al don Satanás por diablo, total, que es lo que quería el Tayta Dios, poblar de Santos la tierra?. Yo no estaba de acuerdo y preferí quedarme con Cristo y el Supay. Pensé si me hacía amigo de estos sufridos seres estaría bien, donde sea.

El tiempo ya había transcurrido y ya era de día, en algunas casas ya se veían las primeras humaredas que salían por el techo de paja de las casas, eso era indicio de que ya estaban preparando el almuerzo. La lluvia ya había calmado un poco y algunas mujeres que todavía quedaban volvían todas apresuradas a sus hogares. Sólo los hombres permanecían en los techos del templo botando montículos de paja con fuego humeando, pensando de que el viento podía volver hacer arder lo poco que quedaba de las vigas y el resto de la estructura del techo. Sin embargo mientras que en un lado ya parecía que todo estaba controlado, en otro aparecía otra vez la candela, iban corriendo a botar esa candela al suelo y otra vez por otro sitio. Así, casi durante tres días y noches el fuego terminó lentamente toda la estructura del techo que era de la mejor madera de los valles trasandinos.

Yo me fui de regreso a mi casa, todavía bajo la lluvia, empapado (hasta mis huevitos) del aguacero, y de las cosas que había averiguado. Iba saltando y brincando, hecho un diablito sobre los charcos de agua y el barro de las calles. No iba saltando de alegría, sino por el frío que mi menudo cuerpo comenzó a sentir, sin pensar que veinticinco años más tarde estaría escribiendo este relato. Ya sin el temor de que mi Tayta me correteara para pegarme como aquella tarde en que me encontró jugando con arcilla, donde había fabricado bastantes santitos y virgencitas y hasta al mismo Diablo con todas sus características y había intentado también una réplica del altar mayor del tem

plo y colocado al Tayta Cristo y Satanás en ese altar (para que no pelearan más) y me aprestaba a celebrar una misa como lo hacía el tayta cura: "dominos bobiscos, seculón, quiralayción cristalayción, amennnnnn y los chicos que hacían de feligreses contestaban en coro: Amennnnnn y delante de mí estaban una pareja de "novios" que los iba a "casar" era Pedro Casa y la hija de un vecino. En eso apareció mi Tayta con un chicote en la mano y frustró aquella "boda" que pudo haber sido un "matrimonio feliz".



Ya iba amaneciendo, pero la lluvia seguía cayendo igual, los truenos ya se escuchaban a distancias como que se estaban alejando poco a poco. En eso me llamó la atención una voz que venía del medio de la plaza:

¡Estos Santos y Vírgenes ya se bañaron lo suficiente. Están mojados y no podrán estar mas tiempo bajo esta lluvia infernal! Y otra voz dijo: ¡A dónde diablo los vamos a meter, son tantos y no caverán en las capillas! Pucha -dije- y ahora que irán a hacerlo, en eso oí una voz que me preocupó bastante. ¡Lleven a todos los Santos a la escuela, hay suficiente campo para que entren todos, ya cuando regrese el maestro verá si los acepta como alumnos! y agregó finalmente: ¡de paso les enseñará a portarse bien!

Me di cuenta que era Oscar Rivas, que siempre estaba bromeando y que en medio de este ajeteo todavía le quedaba un poco de humor. Y así comenzaron a entrar a las Vírgenes, Santos y Santas, Angeles y Demonios y a todos los seres misteriosos en los tres salones de nuestra escuela.

Cuando ví que entraron al último Santo al salón, que era uno de los nuevos, atravecé la plaza y al llegar a la puerta de la primera aula, me acordé de lo que decía el profesor y me persigné dos veces, una porque estaba en el templo de Dios y otra porque estaba en el templo del saber. Y pasé a dentro, mientras iba pensando: que suerte la de nosotros, nadie me creerá cuando les cuente que yo estudié en un templo de Dios y al mismo tiempo en un templo del Saber. Y si les digo todavía, que tuve por compañeros a San Isidro Labrador, a la Virgen de la Natividad, al Tayta Cristo, a los Angeles del Señor y hasta el mismo Satanás, menos me creerán. Pero aquellos hombres y mujeres que protagonizaron esta historia, dirán en coro, el chico tiene razón.

Una vez que ya estuve dentro, pasé una revista rápida a los nuevos compañeros, era la primera vez que los Taytachas y las Mama

chas estaban cerca, y como es natural, improvisé un breve discurso. "Bienvenidos Taytachas y Mamachas, espero que se sientan cómodos, el señor maestro se sentirá orgulloso de tenerlos como alumnos, entre otras cosas". Pensar que años más tarde se lo llevarían a nuestro maestro hacia su mundo). Entonces como todo muchacho inquieto de querer conocer todo y saber cómo eran realmente observé cuidadosamente uno por uno, a cada cual. Al pasar la primera revisión comprobé que todos estaban sanos y salvos, sólo un Santo tenía tres dedos quebrados, los toqué y comprobé que era de yeso, casi parecido a la tiza que el maestro utilizaba para escribir en la pizarra. Ahí estaba la Virgen de la Natividad con su hermoso rostro y su vestido que parecía de una reyna de belleza, cubierta con un manto rojo cancha-vino bordado con hilos de oro y su corona que brillaba también era de oro. Cerca también estaba la Virgen de los Dolores que siempre llevaba vestido y su manto negro; era la mamacha que en las procesiones de los Viernes Santos iba detrás del Cristo crucificado. Y un poco más allá el Patrón Santiago que era un Santito chilito que estaba montado sobre su caballo blanco, y el animal estaba con las dos patas delanteras en alto como queriendo atropellar a todo aquel que se le cruce en el camino. Y así, los demás Taytachas. Caminando un poco más, casi al rincón donde estaba la mesa de madera que servía como escritorio del maestro, estaba, curiosamente, descansando sobre la mesa ese gran maestro del que nos había hablado el profesor alguna vez. Tenía el rostro ensangrentado y estaba clavado a una cruz de madera con unas estacas. Me acerqué y comprobé que era Tayta Cristo, creí que de verdad estaba sangrando y pasé el dedo sobre su rostro y comprobé que era el agua de la lluvia que corría y que la sangre ya estaba seca. Tenía la impresión de haber estado forcejeando, co

mo queriendo liberarse de esa posición incómoda, traté de ayudarlo, intentando sacarle las estacas que le atravezaban las palmas de las manos, pero estaban bien elevados y fracasé en mi propósito.

Luego me acerqué a una de las Vírgenes, disimuladamente mirando hacia mis costados, le levanté el vestido de abajo hacia arriba para ver como era por abajo, si era igual o diferente que la figura humana que había visto hacía pocas horas atrás. Y comprobé que no tenía piernas y ni otras partes que pensé encontrar. Era un tronco en forma piramidal que finalmente descansaba sobre una planca de madera pintada. Con este desengaño yo no me quedaron ganas de seguir revisando a las demás Vírgenes y Santos. Tanta fue mi desilusión que pensé que no solamente las mujeres nos engañan, sino hasta las Vírgenes.

Pasé al otro salón donde habían colocado más Santos y Vírgenes que no me fue posible contarlos. Pero lo que me llamó la atención fue ese personaje tan controvertido por su rebeldía frente a la sumisión, Supay. Lo habían tirado en una esquina, sus ojos saltones me miraban como queriéndome asustar, sus cachos que parecían de un macho cabrío le daban un aspecto de bufón.

Pero cerca del él había un ángel que parecía que le vigilaba de cerca, me acerqué más y comprobé que el ángel le tenía atravesado con una espada y con un pie le pisaba la cola, viendo esto toqué las alas del Ángel y comprobé por qué le sacaron cargando como a un borracho, pues tenía alas de lata. Como iba a poder volar así, no tenía alas como el cóndor y los pichincos con plumas. Viendo que el Satanás estaba ensartado como anticucho aproveché para mirarle de más cerca y ví que tenía cara de un hombre, pero de un hombre bien hombre y no de un chivo, a pesar de los cuernos.

Y antes de abandonar el escenario arroveché de lanzar unas cuantas preguntas al aire, -